



FLANNERY O'CONNOR

3ª Exposición de la Mesa Redonda del XI EFCSM 2016

D. Manuel Lorenzo, Siervo de Jesús

© 2016. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Flannery O'Connor, (1925-1964) es una escritora estadounidense nacida en Savannah, Georgia. En sus obras retrata el ambiente sureño de los Estados Unidos: repleto de personajes extravagantes, situaciones grotescas, predicadores exaltados... Pero dentro de la literatura sureña ella se distingue por su confesión católica, en un lugar donde predominan los protestantes.

En la literatura sureña se trata de salvaguardar los valores que han caracterizado la región antes de la industrialización. Una región que había sido marcada por la relación patrón-siervo donde la religión atraviesa el modo de vida, la tradición, el contacto con la tierra, valores que empiezan a entrar en desuso. Es una reacción al nuevo modelo de vida que se impone (parece que el hombre se diluye en una sociedad en la que parece que todo está determinado). A esta visión determinista, se impone una esencialmente misteriosa, donde el hombre todavía experimenta el misterio: por eso lo grotesco y los personajes ridículos e inadaptados entretejen la mayoría de los relatos. La violencia y lo macabro suelen estar a la orden del día, porque se trata de describir al hombre en el exilio, reticente a aceptar el nuevo modelo de vida, y por lo tanto, inadaptado y marginado. La literatura sureña es un modo de aproximarse a la realidad caracterizada por la exageración. Suelen ser personajes y situaciones que se escapan un poco de lo estereotipado, de los lugares comunes, porque no plasman la realidad tal como se ve, sino que se deja un espacio para el misterio, para lo inesperado. Pero no son relatos fantásticos, sino que más bien se sirven de lo concreto de las posibilidades que ofrece la cultura para mostrar el misterio. Por eso suelen tener una enorme carga simbólica. Es muy frecuente en Flannery encontrar muchas escenas que remiten directamente a escenas o imágenes bíblicas.

Ella escribe desde una perspectiva católica, que como ella afirma en una de sus cartas, agudiza su visión de la realidad, hace su mirada aún más penetrante. En sus cuentos realiza el movimiento de la encarnación: el mundo sobrenatural está incluido en el natural. Toda intervención de lo sobrenatural, el escritor debe poder hacerla a un nivel literal, los acontecimientos deben ser creíbles en sí mismos. Todo lo que se relata son cosas que podrían suceder en la vida, está perfectamente contextualizado. Por eso muestra mucha atención al modo de hablar de los personajes, las conversaciones son de lo más corriente, no hay mensajes morales subliminales, no siente la tentación de tratar de un mundo convertido al cristianismo. Se atiene a lo real, tal y como se presenta, sin necesidad de justificarlo. Por eso sus relatos no pueden prescindir del pecado, pero tampoco del acto redentor de Cristo, que dispensa la gracia que en algún momento siempre se ofrece al hombre. No es una visión del hombre como un ser determinado, ni tampoco absolutamente depravado, siempre es asistido por esta gracia que siempre de manera inesperada ofrece una posibilidad de redención. Este será siempre el momento crucial en los cuentos, cómo mostrar la presencia de la gracia y cómo mostrarla ateniéndose a las posibilidades que ofrece la naturaleza. Como diría san Ignacio, cómo ver la acción de Dios en las pequeñas cosas. Que sea verosímil.

Es precisamente la irrupción de la gracia lo que caracteriza los cuentos de Flannery. Suele ser un gesto, una acción un símbolo, que inesperadamente ofrece a los protagonistas un momento de absoluta transparencia, que permite que su mente se despeje por un momento y puedan ver con claridad a la luz de la verdad lo que está frente a ellos, sienten la vida desde la centralidad del misterio cristiano. Si bien la violencia, la traición entretejen sus relatos, Dios no se desentiende del mundo, ha considerado que merecía la pena morir, pese a todo el horror. Pero esta gracia puede ser aceptada o rechazada. Es una posibilidad que se encuentra muy presente en Flannery: los hombres no están determinados y al final todo se reduce a una elección, su libertad se pone en juego. El rechazo suele arrastrar a la violencia, en

contraste con la aceptación, que suele arreglar las situaciones y relaciones que parecían sin solución. Veremos un cuento de esto último muy ligado a la confesión.

El cuento titulado *El negro artificial* es calificado por ella misma como el más logrado. En él se ve su cuidado por mostrar un pedazo de realidad, cuidando mucho las conversaciones y las posibilidades contenidas en la cultura misma. La confesión es caracterizada como la verdadera conciencia de pecador despierta sólo ante el encuentro con el crucificado. Pero es importante prestar atención a los detalles, porque es un cuento cargado de simbolismo (no solo interpretarlo de manera literal, sino encontrar y reconocer las imágenes contenidas en él).

El cuento relata la expedición que realizan a la gran ciudad un abuelo con su nieto. El nieto desde hace tiempo ha mostrado su deseo de conocer la gran ciudad y el anciano se compromete a mostrársela. Entre los dos se percibe una gran tensión desde el principio. Por un lado, el anciano quiere asumir el papel de guía experto y seguro de sí mismo en un mundo que apenas conoce. Por el otro, el muchacho quisiera poder desasirse de su tutela y restar importancia a las abrumadoras experiencias de la ciudad. Deambulan por las calles, procurando el anciano no perder de vista la cúpula de la estación para no extraviarse. La atmosfera se describe como asfixiante, en todo momento parece que están en un mundo hostil, al que no pertenecen.

En un momento dado, terminan por perderse, con el agravante de que el tren podría marcharse sin ellos. El abuelo no quiere reconocer que se ha perdido y los ánimos se encrespan entre ellos: dan rienda suelta a sus resentimientos y el malestar crece por momentos. Por fin se detienen a descansar y el muchacho se queda dormido. El abuelo quiere aprovechar la ocasión para darle una lección y se esconde. Cuando se despierta y se encuentra solo, le invade el pánico y se echa a correr en cualquier dirección, con la mala fortuna de que se lleva por delante a una señora. Ante los gritos de dolor de ésta, que en el suelo se duele del tobillo, la gente se empieza a arremolinar en torno a ella.

A partir de este momento quisiera ir con más detenimiento, fijarme en el detalle de la acción porque es cuando llega el momento crucial. Partimos de los instantes previos a la consumación de la traición:

«Algo obligó al señor Head a salir de detrás del cajón y avanzar, aunque con un paso muy lento. Nunca en su vida había hablado con un policía. Las mujeres se apiñaban alrededor de Nelson como si en cualquier momento fueran a arrojarse a él y hacerle trizas, y la vieja que continuaba diciendo a voz en grito que tenía el tobillo roto y que llamaran a un agente. El señor Head se acercó tan lentamente que parecía retroceder un paso por cada dos que daba hacia delante. Nelson lo vio y se levantó de un salto. Se aferró a él por las caderas y se quedó así, jadeando.

Todas las mujeres se volvieron hacia el señor Head. La anciana herida se sentó y gritó:

-Usted pagará hasta el último centavo de la cuenta del doctor. Es un delincuente juvenil. Que alguien tome nota del nombre y dirección de este hombre.

El señor Head trató de desprenderse de los dedos de Nelson que se le clavaban en el muslo. La cabeza del viejo había bajado hasta el cuello de la camisa, como la de una tortuga; tenía los ojos brillantes de miedo y cautela

-Su hijo me ha roto el tobillo.

-No es mi hijo —dijo— nunca le había visto antes.

Las mujeres dieron un paso para atrás, mirándole horrorizadas, como si sintieran la repulsión de un hombre capaz de negar su propia imagen y semejanza que no pudieran soportar ni ponerle las

manos encima. El señor Head caminó por un espacio que ellas le abrieron y dejó a Nelson atrás. Ante él no se veía nada».

Consumada la traición (una clara evocación a las negaciones de Pedro), el muchacho ve alejarse al viejo, con los brazos caídos.

Entramos a considerar la dinámica del pecado. Parece que entre los dos se ha producido una ruptura: el anciano siente la profundidad del rechazo de su nieto. No se atreve a mirarlo, porque sabe que en cuanto lo haga, le dará la espalda. No ve modo de como restablecer la situación y se da cuenta de que nada en el mundo podrá hacer que su nieto vuelva a mirarlo con respeto. Su acción, su negación, su traición le acompañará el resto de su vida.

Señalo algunos extractos de algunos de los pensamientos que le asaltan cuando arrastra esta decepción sobre sí mismo:

«La velocidad de la justicia de Dios la esperaba sobre sí, pero no podía soportar que sus pecados afectaran también a Nelson».

Se topan con una fuente. «No probaba una gota de agua desde la mañana pero sintió que ahora no la merecía. Luego pensó que Nelson tendría sed y que los dos beberían y eso volvería a unirlos».

El muchacho le mira como si no existiera. Aunque también tiene sed, pasa de largo por el grifo: «desdeñando beber donde lo había hecho su abuelo. Cuando el señor Head se dio cuenta, perdió toda esperanza. Su rostro a la luz menguante de la tarde, parecía desfigurado y abandonado. Sentía como el odio tenaz del muchacho viajaba a un ritmo constante detrás de él, y sabía que, si por algún milagro se libraban de ser asesinados en la ciudad, así sería el resto de su vida».

Vemos cómo las consecuencias del pecado y su influjo, según Hans Urs von Balthasar, al ser una mentira, oscurecen de la visión. Su mala conciencia (es juzgado sólo por su conciencia) le engaña y da cabida a juicios sobre su traición que provienen del mundo. Esta desesperación en la que ha caído ante el abismo de su traición, no es querida por Dios sino que responde a una mentalidad pecaminosa. Se juzga no a la luz de donde está colocado el pecado (nosotros no somos jueces de nuestro pecado, nosotros no tenemos la medida), sino por su conciencia.

Al entrar en una zona residencial elegante, el anciano al ver que su nieto no hace el menor intento de darle alcance, piensa en dejarse caer por la boca de una alcantarilla para que se lo llevara la inmundicia.

El muchacho le sigue mirando con unos ojos «triumfalmente fríos, no había luz en ellos, ningún sentimiento, ningún interés. El señor Head giró con lentitud. Sintió que ahora sabía cómo sería el tiempo sin estaciones, el calor sin luz y el hombre sin salvación».

Pero de pronto: «Algo súbitamente le llamó la atención, una especie de grito en la oscuridad creciente (¿por qué me has abandonado?) No había caminado trescientos metros cuando vio, a su alcance, la figura de yeso de un negro sentado sobre una cerca baja de ladrillos que rodeaba una amplia parcela de césped. El negro tenía más o menos la misma estatura de Nelson y estaba inclinado hacia delante en un ángulo precario porque la masilla que lo mantenía sobre la pared se había quebrado».

Se produce este giro inesperado. Algo rompe la dinámica de sus pensamientos, que hasta este momento ha obedecido a una mentalidad pecaminosa, que pone el acento sobre sí mismo, sobre su propia mala conciencia.

Se topan con esta figura que tiene rasgos que se identifican con el Cristo crucificado. (imagen de Rouault, no es un Cristo triunfador, sino patético, humillado que inspira compasión).



La descripción del negro artificial remite al crucificado: «estaba hecho con el propósito de parecer alegre, porque tenía las comisuras de la boca estiradas, pero el ojo desconchado y el ángulo en que estaba colocado le daban un feroz aspecto de tristeza».

Se quedan mirándolo fijamente «como si se encontraran frente a un misterio, a algún monumento a la victoria de un tercero que era quien los ha unido en su derrota común».

En seguida la gracia empieza a actuar en ellos: «Ambos sintieron que disolvía sus diferencias como un acto de misericordia. El señor Head nunca había sabido cómo era la misericordia porque había sido demasiado bueno para merecerla, pero sintió que ahora lo sabía».

Es ante la cruz de Cristo que tiene lugar la verdadera contemplación de los propios pecados. La Cruz es el origen de toda confesión. Sólo en su luz y el juicio que en ella se realiza del pecado, puede el pecador calibrar y comprender en alguna medida lo que es su pecado. La mirada ya no está puesta sobre uno mismo, lo que ha hecho y lo que merecería, sino que se desvía hacia el crucificado. El auténtico arrepentimiento no se dirige hacia el propio yo, como un lamento de haber caído muy bajo, de no responder a ese ideal de nosotros mismos, sino mirándolo a Él que tomó sobre sí esta culpa.

En el cuento se ve cómo la gracia del perdón permite que la posibilidad de amar quede totalmente restaurada. Pero la gracia no sólo actúa para restañar las heridas de la traición, la misericordia mostrada por Dios le lleva a saberse pecador y le borra todos los artificios sobre los que había construido su vida hasta este momento. La gracia ha irrumpido de improviso para romper la dinámica del pecado. Con esta confesión, no sólo se le ha absuelto de lo que él se echa en cara, sino que ve hasta qué punto la misericordia de Dios lo ha acompañado siempre. Este encuentro ha despertado en él la conciencia de pecador, que hasta este momento no se le había hecho evidente, no creía haber necesitado nunca ser perdonado.

«El señor Head sintió de nuevo la acción de la misericordia, pero esta vez supo que no había palabras en este mundo que pudieran nombrarla. Comprendió que nacía del sufrimiento, que no se le niega a ningún hombre, y que es dada de modos extraños a los niños. Comprendió que era todo cuanto un hombre podía llevar consigo a su muerte para ofrecer al creador y de pronto se sintió avergonzado porque tenía muy poca para llevarse con él. Quedó espantado al juzgarse con la rigurosidad de Dios, mientras la acción de la misericordia cubría su orgullo como una llama y lo consumía. **Nunca había pensado en sí mismo como un gran pecador, pero ahora vio que su verdadera depravación había permanecido oculta para que no desesperara.** Comprendió que sus pecados estaban perdonados desde el principio de los tiempos cuando había concebido en su propio corazón el pecado de Adán, hasta este momento, en que había negado al pobre Nelson. Vio que no había pecado tan monstruoso que no pudiera proclamar como suyo y, ya que Dios amaba en la medida en que perdonaba, se sintió preparado para entrar en el Paraíso».